

La Paz, 19 de marzo de 2020 (Imagen Docs). El realizador boliviano Mauricio Ovando ha liberado temporalmente su película *Algo quema* (2018). Estrenada en Bolivia en el Festival de Cine Radical 2018, ganadora de numerosos premios en festivales internacionales, entre ellos el premio a mejor dirección y el premio FIPRESCI en el Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente (BAFICI), el documental recoge imágenes de un periodo histórico convulso en el país: el gobierno militar del presidente Alfredo Ovando Candia, a finales de 1960. Mauricio Ovando, nieto del general Ovando, reúne imágenes de distintos tipos de registro y enfrenta la versión familiar sobre la figura del ex-presidente a la que ha construido la historia oficial.

Ante la muerte y sus imágenes

La primera imagen de *Algo quema* es la de un féretro. Sobre este, la bandera de Bolivia y encima de ella un gorro militar. En la arborescencia de esta imagen, la mirada se sostiene ante esa cabeza ausente, ante el vacío convocante que constituye cajón y duelo, para el montaje del obrar de la pérdida. A través de un minucioso trabajo con la tangibilidad de lo visible, se articula la figura de la devolución: lo que vemos, nos mira, como dice G. Didi-Huberman, o “yo (Mauricio Ovando), ante el autorretrato en el espejo de la patria del abuelo, la familia”, como sugiere otra imagen de la película.

Construida a través de imágenes de archivo y entrevistas con miembros de la familia, *Algo quema* es una película sobre Alfredo Ovando Candia, ex presidente de Bolivia. Desde el inicio, se marca que no se trata del retrato del ex comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, sino de los procesos que construyen quienes lo miran en primera instancia, ante su muerte y las imágenes que desde ella corren.

El archivo es hallazgo, pero sobre todo mirada y narración. Por eso un anclaje en la materialidad: vemos mirar las imágenes de archivo, escuchando el motor de la proyectora; escuchamos a hijos y nietos narrar sobre estas imágenes; los vemos escuchar voces. Las suyas propias, sobre todo, en un relato en el que hablar a los otros y a la íntima otredad de la muerte y el muerto es el gesto motor de la composición de la historia como la proyección del cruce de miradas entre quien mira, y quien es mirado y mira. “Acepto todas las imágenes, acepto todas las versiones” vendría a ser la devolución que hace la memoria, no para la salvación, sino para el obrar ante el otro, con él que también se es.

Mary Carmen Molina Ergueta

